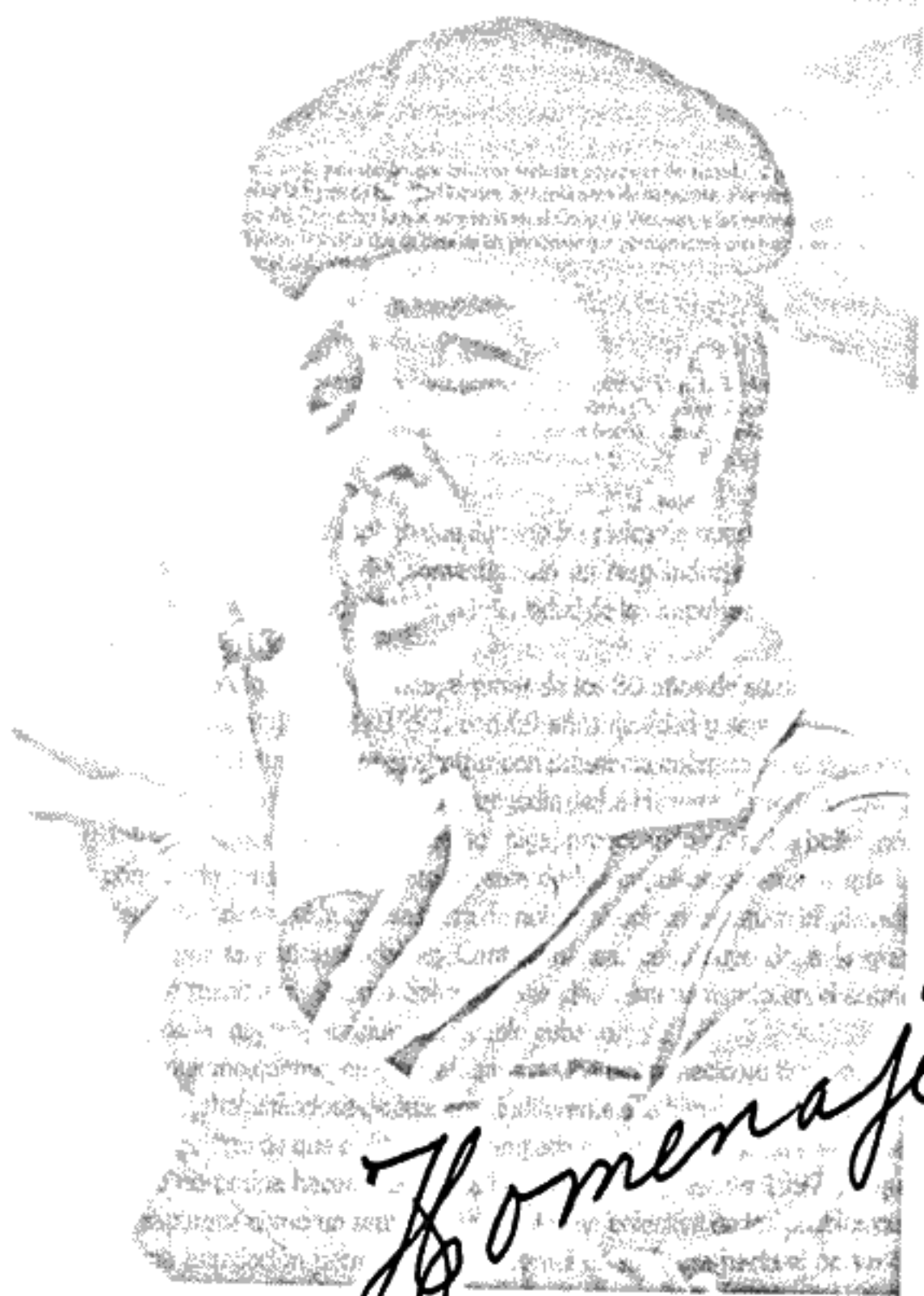


Ernesto Che Guevara

1967-1997



Homenaje

La herencia de Ernesto Guevara

Jorge Turner Morales

Resumen

Este ensayo enfoca el tema de la percepción que amplios sectores populares del mundo, y particularmente de América Latina, tienen sobre la figura de Ernesto Guevara, a treinta años de su muerte. Por otro lado, explica las preocupaciones del tiempo del Che sobre lo que acontecía en el Congo y Vietnam, y las razones que lo llevaron a hacer la Campaña de Bolivia. Vaticina que se trata de un personaje que permanecerá con fuerza en el recuerdo vivo de los pueblos durante el siglo XXI.

Abstract

The article focus the perception theme many world popular sectors, specially from Latin America, have around Ernesto Guevara's figure, at thirty years from his death. The author explains Che Guevara's concerns about Congo and Vietnam situation, and the reasons enabled Guevara to fight in Bolivia. Turner predicts Che Guevara will remain with such force on people's memories all along XXI century.

El Che fue en vida un relámpago que iluminó las cielos de nuestra liberación, y después de su asesinato se ha convertido en un resplandor permanente que adquiere diversas tonalidades según la intensidad de los impulsos rebeldes de las sociedades.

Nunca se ha ido de este mundo, a pesar de los 30 años de su desaparición física. Ahora cuenta, en este 1997, con 69 años de edad y seguramente que será longevo espiritualmente para entrar con presencia enérgica en el siglo XXI. Los años inmediatos que siguieron a la tragedia de La Higuera, Ernesto Guevara se mantuvo activo, con paciencia de hormiga, provocando entre los bolivianos una conciencia tardía, si se quiere, acerca de los impulsos generosos que lo llevaron a ofrendar su vida en esa tierra de nobles aborígenes; estuvo inspirando las luchas por la justicia social en Centroamérica, contribuyendo a la gran dignidad de mandatarios como Salvador Allende, e interviniendo en el ánimo profundo de la mayoría absoluta del pueblo cubano.

Pero simultáneamente, en otros ámbitos el Che permaneció un tiempo sosegado, como rehabilitándose de su asma, indiferente a la banalización comercial de su figura, cierto de que su imagen estampada en las camisetas de los jóvenes del mundo no podría hacerle daño a la larga. Hasta el presente 1997, en que el Che reaparece como un sentimiento en el alma colectiva de los pueblos que augura una asimilación permanente y uniforme de su figura hacia el porvenir.

Ernesto Guevara está destellando en la actualidad hasta en el triunfo de Kabila y de la recién instaurada República Democrática del Congo, que tantas interrogantes y dudas nos plantea, como un reflejo de sus luchas libradas 33 años antes, así como en los estandartes de todas las reivindicaciones populares, grandes o pequeñas, que avanzan en América Latina. Si es cierto, como es obvio, que las sociedades están divididas en clases y que existen en el mundo naciones que se aprovechan de otras, el Che nunca será una figura de consenso para los explotadores y los explotados, sino el blasón de las últimas.

Estadistas han habido en nuestro subcontinente, quejumbrosos de que en nuestros países los pueblos no apelen únicamente a los símbolos humanos nacionales (que los hay en gran número y muy lúcidos y sacrificados), sino que con frecuencia creciente también incluyan en cada caso al Che Guevara. Se trata de un reduccionismo inútil. Ernesto Guevara está plantado firmemente en la historia como un combatiente universal y como un elemento relevante que contribuye a soldar la necesidad de la integración latinoamericana, la cual vuelve a repuntar no obstante que aún las fuerzas opositoras a dicha integración sean más fuertes que las que la propician.

¿Qué es el Che para nuestros pueblos?

Las multitudes conscientes de América Latina hoy tienen en sus corazones una visión resumida y esencial de la personalidad del Che. No siempre está basada en la lectura minuciosa de sus obras ni en las biografías, pero sí basada en la verdad. No es un alcance que se fundamente forzosamente en una información pormenorizada de su recorrido vital, pero sí en la suficiente información para saber que descartarlo es sumirse en la orfandad y quedarse sin uno de sus grandes ejemplos. El Che es para los pueblos en lucha un pariente ilustre y raizal que sirve de inspiración, como los fundamentales próceres históricos de la primera independencia, pero que no se encuentra distante sino próximo porque está metido en el centro del debate actual sobre los destinos de la humanidad.

Mucho de lo que han dicho analistas y comentaristas sobre su carácter lo saben las masas conscientes: que en el Che hay consejos valiosos para la superación personal de los jóvenes; que educó su voluntad para sacar fuerzas de la flaqueza del asma postradora; que sigue siendo tenaz hasta después de su muerte, valiente hasta lo increíble, de vida austera, pensador profundo, generoso, penetrado hasta el tuétano por la idea de la eliminación de la injusticia social, trabajador sin descanso y, como dijo Fidel Castro, "de esos tipos de hombres difíciles de igualar y prácticamente imposibles de superar".

Nunca he olvidado cómo me enteré de la muerte del Che. Caminaba por las

calles de mi tierra en una tarde gris. Se me acercaron tres miembros de la policía secreta y pensé que me iban a arrestar, pero no. Llevaban un periódico vespertino que me extendieron. En la portada aparecía la famosa foto del Che que recorrió el mundo, tomada después de haberlo asesinado, en que parece vivo y como descansando después de una larga jornada. "Necesitamos saber su opinión sobre si la foto corresponde al verdadero Che o se trata de una mentira más", me dijeron. Ellos mismos se resistían a creer que el Che hubiera muerto. Me quedé atónito e hice un esfuerzo supremo para no revelar mis sentimientos. Examiné con cuidado los rasgos faciales de la foto, los protuberantes senos frontales característicos del Che, el pico en la frente que iniciaba el nacimiento de la cabellera y, en forma aturdida, les dije: "Creo que sí es el Che".

Después realizamos un acto de masas, con la Plaza de Santa Ana repleta, el 27 de octubre de 1967 bajo la divisa: "No lamentarse; imitar al Che en su vida ejemplar es la consigna." A años de distancia del hecho me parece hoy que aquella consigna era fría, pedante e incompleta. Estaba dirigida a no mostrar ante el adversario nuestro sentimiento profundo. Pero cómo no lamentarse y, además, cómo plantear la imitación del inimitable. El Che es un alto ejemplo de inspiración que señala un propósito y un objetivo liberador, sin que por ello se deba tener la pretensión de alcanzarlo en estatura.

Por otro lado, el ilustre poeta Pablo Neruda cita en su obra *Confieso que he vivido*, una conversación que tuvo con el Che en La Habana. Según Neruda, el Che, como hablando consigo mismo, dijo: "La guerra... la guerra... siempre estamos contra la guerra, pero cuando la hemos hecho no podemos vivir sin la guerra. En todo instante queremos volver a ella". Y Neruda comenta: "Lo escuché con estupor. Para mí la guerra es una amenaza y no un destino". Mala esta instantánea fotográfica que hizo Neruda tan lejana de la captación popular, presentando a un Che fragmentado y como un guerrero desbocado y a ultranza. Sin ser adivino, quizá el Che simplemente estaba sopesando su doble responsabilidad como constructor importante de la nueva Cuba y como hombre inquieto por la estrategia para liquidar la injusticia social en el mundo. La verdad es que Ernesto Guevara constituye hoy un ejemplo tan significativo y polifacético que ampara en América Latina los métodos revolucionarios que él preconizó y los métodos revolucionarios que no preconizó.

El Congo y Vietnam en la cabeza del Che

El Che es un carácter excepcional, precisado desde su niñez, que tuvo sus años formativos y de acumulación de experiencias que le fueron forjando, por su sensibilidad e inteligencia, una concepción del mundo. Todavía cuando le conocimos en su tiempo mexicano —en casa de doña Laura, distinguida dama

peruana, esposa de Pedro Albizu Campos, el siempre recordado mártir puertorriqueño—, nos llamó la atención a los que le llevábamos algunos años de edad la seriedad de sus ideas y su dolor por lo sucedido en Guatemala, pero aún no había nacido revolucionariamente el verdadero Che y no podríamos imaginarnos entonces las dimensiones que alcanzaría su personalidad. El mismo Che, en su discurso ante la Asamblea General de la ONU del 11 de diciembre de 1964, para despejar especulaciones sobre él, se encargó de decir:

Mi historia de revolucionario es corta y realmente empieza en el *Granma* y sigue hasta este momento. No pertenecía al Partido Comunista hasta ahora que estoy en Cuba y podemos proclamar todos ante esta Asamblea el marxismo-leninismo que se ha adoptado como teoría de acción de la Revolución Cubana.

Desde luego que sin Fidel Castro, que lo invitó a participar, Ernesto Guevara no hubiera existido revolucionariamente, con ese esplendor, no obstante que su proyección directa, teórica y de acción, permite enjuiciarlo en forma autónoma.

Tras los combates en la Sierra Maestra y la Campaña de Las Villas triunfa la Revolución Cubana. Y el Che Guevara, sin descuidar sus compromisos de contribución para erigir un régimen justo en Cuba, empieza a atalayar el mundo desde una cumbre propicia. El Che, como todos los políticos creativos, parte de la historia, pero principalmente de la coyuntura de su época y de las posibilidades que ésta ofrece. Su información fue completada en sus entrevistas con Kruschev, Mao, Tito, Nasser, Nehru, Sukarno, Kim Il Sung, Ben Bella, Nyerere y, en América Latina, con Quadros y Frondizi.

Para el Che el campo fundamental de la explotación del imperialismo abarcaba los tres continentes atrasados: América Latina, Asia y África. Fuera del objeto principal de su cariño, América Latina, al Che le llamó la atención, de África, lo que ocurría en el Congo, y, de Asia, la lucha de Vietnam. Crítico de aspectos del sistema socialista existente y habiendo comprobado el retraso tecnológico de los países enrolados en este sistema, su propósito era ayudar a unir fuerzas a nivel mundial y mantener, al igual que la Revolución Cubana, una posición de neutralidad en el conflicto chino-soviético.

Del Congo lo había impactado el infame asesinato de Patricio Lumumba en los primeros momentos de la independencia de aquella nación. Ernesto Guevara conocía la infame historia del rey Leopoldo de Bélgica que, con el pretexto de una cruzada civilizatoria, había conquistado al Congo, apoderándose de sus recursos naturales. Sabía de la riqueza del país, con sus enormes potencialidades hidroeléctricas y agrícolas, sus minas de cobre y uranio, su inmenso territorio y su población de cerca de 50 millones de habitantes. Le indignaba que el destino

independiente de la nación se estuviera torciendo con el asesinato de Lumumba. Por eso proclamó en la ONU: "Todos los hombres libres del mundo deben aprestarse a vengar el crimen del Congo". Y por eso se fue a guerrear allá, en 1965, con resultados conocidos, concibiendo contribuir a asegurar la independencia del citado país y a revolucionar el continente africano.

Su emoción y angustia por Vietnam rebasa el sentimiento por el Congo. En su "Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Conferencia Tricontinental", celebrada en enero de 1966, el Che registra: "En el momento actual el ejército norteamericano allí se compone de casi medio millón de invasores, mientras las fuerzas titeres (titeres de Vietnam) disminuyen su número." El Che agrega en el mismo documento que los vietnamitas han derribado mil 700 aviones norteamericanos y termina señalando que "no se trata de desear éxitos al agredido, sino de correr su misma suerte, acompañarlo a la muerte o a la victoria".

En Ernesto Guevara existía una evidente admiración por la lucha epopéyica de los vietnamitas ante la tecnología superior del adversario, bien fundada, como se vio después, con la derrota de los norteamericanos. Y deseaba cooperar con Vietnam, "acompañarlo a la muerte o la victoria", al tiempo que captaba las enseñanzas que de ahí se derivaban para América Latina. Los vietnamitas, uno de los pueblos más extraordinarios del orbe, aceptaron, como se sabe, ayuda material para su empeño, pero nunca permitieron en su tierra un solo combatiente revolucionario que no fuera de su misma nacionalidad. No se trataba de eso, entonces, sino de ayudar creando frentes en América Latina, en donde ya existían focos guerrilleros en Guatemala, Colombia y Venezuela, para también impulsar nuestra segunda independencia.

El hoy general cubano, Harry Villegas Tamayo (Pombo), la única persona que acompañó al Che sucesivamente en la Sierra Maestra, en la Campaña de las Villas, en el Congo, en Bolivia y que todavía participó en la liberación de Angola, ha explicado precisamente, con sencilla claridad, el contexto internacional en que Ernesto Guevara proyectó su viaje a Bolivia. En su libro *Un hombre en la guerrilla del Che*, Pombo delimita en la Introducción que lo que hoy, transcurridos tantos años, nos podría parecer pasión y crudeza, obedecía a la indignación provocada por la agresión genocida que el gobierno norteamericano libraba contra el pueblo vietnamita.

La nacionalidad latinoamericana

Desde muy joven, Ernesto Guevara se sintió atraído y maravillado por la cultura original y la vigorosa naturaleza de América Latina: sus montañas, sus ríos caudalosos, sus mares, su gente. Recorrió, prácticamente sin recursos económicos, todo lo que pudo, incluyendo Argentina, su patria de nacimiento. Y

después, cuando tuvo una concepción política clara, insistió con convicción en que lo que identificaba a los países de América Latina era tener una misma lengua, costumbres semejantes, religión y un mismo amo y que, por lo tanto, correspondía erigirse juntos en la unidad. Tal sentimiento lo vincula a los partidarios insignes de la integración latinoamericana y lo ubica en la familia selecta de los Bolívar, los Juárez, los Martí, los Sandino y otros tantos que acariciaron la idea de nuestra unificación. Ernesto Guevara es uno de los padres preclaros de la idea de la nacionalidad latinoamericana, decidido a morir si fuera necesario por la liberación de cualquiera de nuestros países sin excepción.

En su famoso discurso en la ONU, de diciembre de 1964, respondiendo a las objeciones por su condición de cubano-argentino, dijo:

He nacido en la Argentina; no es un secreto para nadie. Soy cubano y también soy argentino y, si no se ofenden las ilustrísimas señorías de Latinoamérica, me siento tan patriota de Latinoamérica, como el que más y, en el momento que fuera necesario, estaría dispuesto a entregar mi vida por la liberación de cualquiera de los países de Latinoamérica, sin pedirle nada a nadie, sin exigir nada, sin explotar a nadie...

Esta disposición de ofrendar su vida por cualquiera de nuestras naciones no fue mera palabrería. Lo probó cuando se embarcó en el *Granma* junto a los rebeldes cubanos y cuando marchó a Bolivia, donde murió. El último y ambicioso proyecto del Che, y que lo llevó a esta tierra, fue un proyecto andino. Se trataba de instalarse en Bolivia, al principio, para extender la guerrilla a países como Argentina y Perú. De ahí el lema de "crear dos, tres, muchos Vietnam".

El Che sostenía que las revoluciones que no se profundizan, regresan y que había que hacer revoluciones verdaderas y no caricaturas de revolución. Pensó en dimensiones continentales y privilegió como método de acción la lucha armada, a sabiendas de que ésta no era posible en todos los sitios. Y para impulsar la unidad regional imaginó que "los grupos en armas podrían formar algo así como Juntas de Coordinación para hacer más difícil la tarea del imperialismo yanqui y facilitar la propia causa", según manifestó en su trabajo *Táctica y Estrategia de la Revolución Latinoamericana*, publicado después de su muerte.

Es interesante leer en distintos textos del Che su entendimiento acerca de las variantes que en el tiempo pueden presentar distintos procesos liberadores y, sobre todo, su afirmación de que "Si nuevos hechos determinan nuevos conceptos, no se quitará nunca su parte de verdad a aquellos otros que hayan pasado".

Recuerdo siempre al Che: nuestras conversaciones que quedaron truncas poco antes de la "crisis de los cohetes" en 1962, sus mensajes cariñosos a través del capitán cubano Orlando Pantoja, y su invitación, mediante mi querido hermano, el peruano Juan Pablo Chang Navarro, ambos muertos junto con él en Bolivia. He escrito algo en distintas épocas sobre la imagen que retengo de Ernesto Guevara: al acontecer su muerte y a los dieciseis años de La Higuera, tratando de rebuscar objetivamente en aspectos particulares de su biografía y de su pensamiento, y ahora escribo este artículo general, apresurado y de homenaje, para conmemorar los treinta de que nos dejó su ejemplo. A lo largo del tiempo he reparado en muchos detalles. Por ejemplo, que el Che, a su muerte, no obstante que su edad no se puede medir por la cronología ni por los achaques del asma, contaba con 39 años de edad; que Vilo Acuña Núñez, el jefe de la retaguardia de la columna del Che, era el más viejo de todos falleciendo a los 42 años, y que el peruano Juan Pablo Chang, a quien Pombo, no obstante su cariño, le atribuye algunas fallas debido a "su avanzada edad", sólo tenía, cuando fue liquidado, 37 años. Los demás eran muy jóvenes y entregados (salvo los pocos que desertaron) y los que sobrevivieron en la gesta, además de tantas cualidades, fueron en forma especial unos super atletas capaces de soportar físicamente todos los infortunios del mundo.

El anterior es un dato que no me parece deleznable. La Campaña de Bolivia fue una tarea de jóvenes, muy riesgosa y difícil, en la que el Che quiso asumir desde el principio su comando. Ernesto Guevara estimó en primer lugar a los combatientes que compartieron su vida, sin desdeñar a otros rebeldes inmersos en distintos procesos. Y las multitudes latinoamericanas de hoy, con información básica, en donde quiera que se reúnen para protestar por cualquier injusticia, sistemáticamente alzan la bandera del Che como altísimo modelo de dignidad combativa y solidaridad humana.

He dicho, al principio, que el Che está metido en el centro del debate actual sobre los destinos de América Latina. Es cierto.

En Europa han ocurrido recientemente cambios promisorios, pero en nuestro continente hay una marcada tendencia a encerrar a nuestros pueblos en una antropófaga economía de mercado que desestima los problemas sociales. Los rumbos del futuro del mundo son inseguros, aunque se puede asegurar que, de persistir el incremento de la pobreza en nuestras tierras, habrá intensas rebeldías emanadas de las precarias condiciones materiales de los pueblos, en las que se escuchará la voz y el ejemplo del Che. No se trata de volver a otra campaña como la del Che en Bolivia, porque la historia no se repite con las mismas modalidades, sino de los reclamos ajustados a las nuevas condiciones en que nos debatimos, cuyos métodos de acción aún no alcanzamos a columbrar.